

# Las dimensiones del abandono del límite personal sobre los hábitos cognoscitivos

*The Dimensions of the Abandonment of the Mental Limit as the Redounding of the Personal Intellect on the Cognitive Habits*

JUAN A. GARCÍA GONZÁLEZ

Universidad de Málaga  
juangarciagonzalez@gmail.com

RECIBIDO: 25 DE JULIO DE 2018  
VERSIÓN DEFINITIVA: 28 DE SEPTIEMBRE DE 2018  
DOI: 10.15581/013.21.73-95

**Resumen:** Este trabajo glosa las cuatro dimensiones del abandono del límite mental para descubrir el sentido último de esta limitación y de aquel abandono. Desde ellos cabe explicar gnoseológicamente el abandono del límite y jerarquizar sus distintas dimensiones.

**Palabras clave:** Límite mental, abandono del límite, intelecto personal.

**Abstract:** This work glosses the four dimensions of the abandonment of the mental limit to discover the ultimate meaning of their limitation and their abandonment. From them it is possible to explain gnoseologically the abandonment of the limit and to hierarchize its different dimensions.

**Keywords:** Mental Limit, Abandonment of the Limit, Personal Intellect.

Vamos a glosar aquí –en la primera parte del trabajo– la pluralidad de dimensiones del abandono del límite mental. Lo haremos en orden a buscar si esa misma pluralidad, su diferenciación y articulación, su justificación y jerarquía, u otras cuestiones que podamos plantear aquí, nos aleccionan sobre el sentido último de la propia noción de límite mental.

Pensamos que ampara la búsqueda de dicho sentido último el hecho mismo de que haya varias dimensiones en su abandono. Así como el que Polo designe el límite mental de diversas maneras: principalmente, claro está, como presencia mental; pero también como mismidad, unicidad, suposición, haber, algo, etc. Entre sus discípulos, y a efectos divulgativos, es bastante corriente asociar el límite mental con el conocimiento objetivo, y designarlo entonces como la objetividad u objetualidad del objeto pensado.

El sentido final de la limitación mental humana importa porque nos ayudará a explicar gnoseológicamente –en la segunda parte del trabajo– su abandono, el método que Polo ha propuesto para la filosofía, y la jerarquía que cabe establecer entre sus distintas dimensiones.

## 1. LAS DIMENSIONES DEL ABANDONO DEL LÍMITE MENTAL

### 1.1. *El abandono del límite y la distinción de esencia y existencia*

Para entender bien lo que aquí diremos, quizá conviene anticipar ya que el abandono del límite mental es solidario de la distinción real de esencia y existencia en las criaturas, o sea: el modo de establecerla, o de conocerla, congruentemente; o bien que es el método con el que se logra tematizar esa distinción.

Si el abandono del límite permite conocer a la criatura como tal, eso quiere decir que el límite mental impide de algún modo al hombre percatarse del carácter creado del ser con que se encuentra en su experiencia; pero entonces, si esto es así, al límite se le escapa el creador, de quien depende y al que se refiere la existencia creada. Por aquí nos encaminamos hacia el sentido último de la limitación mental del hombre.

Teniendo en cuenta, además, que –justo en atención a ese sentido último– añadir al tema de la distinción real que caracteriza a las criaturas el método para entenderla bien, con rigor y precisión, es imprescindible para ampliar la metafísica con una antropología trascendental, es decir, para entender la peculiar índole creada de la persona humana, que es el fruto más sobresaliente de la metodología poliana. Veamos.

El límite mental es la operación intelectual<sup>1</sup>; en virtud de la cual se dice que el objeto propio de la inteligencia humana –aunque no el enteramente adecuado a ella– es la esencia de las cosas materiales<sup>2</sup> (desde la que cabe conocer analógicamente la de las espirituales); ello es así porque, de algún modo, la inteligencia humana es una inteligencia incorporada, que exige previa información sensible para ejercer sus operaciones.

Como el límite es la operación intelectual, se incluye –como la misma inteligencia que la ejerce– en la esencia del hombre.

En cambio, en el orden del acto de ser persona están el intelecto personal y la libertad trascendental, que son dos de los trascendentales antropológicos, los que se convierten con la coexistencia personal. El abandono del límite mental es libre; pues, si no se percibe la dependencia del límite mental respecto de la libertad personal, no se detecta el límite en condiciones de poder abandonarlo<sup>3</sup>. Por eso el abandono del límite mental corresponde al intelecto personal, en tanto que la libertad trascendental de la persona se comunica a él. Por tanto, desde el punto de vista metódico, el abandono del límite mental se inscribe en el plano del acto de ser persona; ya lo veremos después.

Por eso mismo, ahora ya desde el punto de vista temático, el abandono del límite mental, cuando renuncia completamente a las operaciones de la inteligencia, cuyo objeto es la esencia de las cosas materiales, puede acceder a la existencia creada, tanto del universo como de las personas. Y, alternativamente, si no renuncia por entero a las operaciones mentales, puede usarlas de algún modo para encontrar tanto la esencia extramental como la personal.

<sup>1</sup> *El límite mental es la operación intelectual como acto cognoscitivo ínfimo de la inteligencia. Presente y futuro del hombre*, en Obras completas, v. X, Eunsa, Pamplona, 2016, 364.

<sup>2</sup> Polo atribuye la distinción entre objeto propio y adecuado del entendimiento a los conimbricenses (cfr. *Antropología trascendental*, en Obras completas, v. XV, Eunsa, Pamplona, 2016, 503, nt. 259). *El objeto adecuado sería el objeto total, es decir, el ente, mientras que el objeto propio de un intelecto encarnado –racional– sería la esencia como forma abstracta: la “quidditas rei sensibilis”*. (Id.). A lo que cabe añadir esta precisión: *el objeto propio del conocimiento objetivo es la “quidditas sensibilis”* (*Presente y futuro del hombre*, 340). Con todo, Polo reconoce que el objeto propio de la inteligencia humana es el universo como esencia extramental, pues afirma que *la teoría puede descansar en la contemplación del universo (al menos como en su objeto propio)* (*Curso de teoría del conocimiento*, v. IV, 2ª parte, Eunsa, Pamplona, 1996, 370).

<sup>3</sup> Cabe detectar el límite mental *sin que se den las condiciones precisas para abandonarlo, que son su depender de la libertad trascendental*. *Antropología trascendental*, 526.

## 1.2. *La unicidad del límite mental*

Hecha esta consideración preliminar, avanzaremos hacia el tema planteando la antítesis que forman la pluralidad de dimensiones del abandono y la unicidad del límite mental. El abandono de la unicidad, si cabalmente se cumple, debe coherentemente ser plural.

La unicidad es una característica estrictamente propia del límite mental<sup>4</sup> por cuanto designa el ajuste, la conmensuración, de la operación intelectual con su objeto, y viceversa; es decir, el límite es la unicidad del pensar con lo pensado, o –a la inversa– la unicidad de lo pensado con el pensar que lo ha pensado.

Sucede que el ajuste o conmensuración entre la operación mental y su objeto es tan estrecho que, aunque intervengan dos instancias (la dinámica intelectual, que es el método, y el objeto, que es su tema), se reducen a algo uno y único: lo pensado al pensar, o el pensar eso pensado. Únicamente hay eso pensado, o únicamente se piensa eso.

La unicidad, por tanto, afecta al objeto pensado, por lo que –como dijo Aristóteles– *sólo se piensa lo uno*; tanto como afecta al acto de pensarlo, que se reduce escuetamente a la operación de pensar eso pensado. De modo que el cognoscente y lo conocido se hacen uno al conocer, son uno al conocer. Ambos son algo uno y único en el acto de conocer, bien entendido: en ese acto de conocimiento que es la operación intelectual, y a la que podemos denominar en general como el pensamiento.

La unicidad alude entonces a la simultaneidad de la operación intelectual con su objeto, el cual –según observó Aristóteles– es así poseído por ella, su fin inmanente; de manera que la operación es pensada, en consecuencia, con las nociones de *praxis teleia*, *energeia*, etc. Eso, por así decirlo, vista la unicidad de operación y objeto como desde fuera, como lo hizo el estagirita. Vista como desde dentro, que es lo propio de Polo, la unicidad se atribuye a la presencia mental; esto es, a la presencia de lo pensado ante el pensamiento, que es el ejercicio operativo de la inteligencia. El límite es esa presencia que caracteriza a todas las operaciones mentales, pues todas ellas presentan al cognoscente el objeto con el que la inteligencia se ha conmensurado al ejercerse operativamente, es decir, al pensar.

---

<sup>4</sup> La unicidad –así se describe en el tomo segundo de mi “Curso de teoría del conocimiento”– es precisamente la presencia mental. Y ¿qué es la presencia mental? La consideración de la operación mental. Y eso –también se dice allí– es el “límite mental”. *Presente y futuro del hombre*, 349.

En suma, el ajuste y conmensuración de la operación mental aúna dos, la actividad intelectual y el objeto conocido por ella, en algo uno y único: lo conocido al pensar. Al pensar se ha pensado *ya* –subraya Polo– lo pensado, y sólo eso que se ha pensado: lo único pensado con esa operación, o la única operación ejercida para pensar eso pensado.

### 1.3. *La pluralidad de dimensiones del abandono del límite*

Si el límite mental es la unicidad, su abandono requiere en consecuencia la pluralidad; e incluso una pluralidad que, como vamos a ver, es ella misma plural, enteramente contrapuesta a la unicidad de la operación mental, a toda unicidad a ella debida.

Es oportuno examinar esta pluralidad porque pudiéramos entender, equivocadamente, que el abandono del límite mental es algo único (¡nada más impropio, si se trata de abandonar la unicidad!): como si fuera un único proceso intelectual, que –con todo– podría ejercerse en distintas direcciones; de modo que sus distintas dimensiones se justificarían sólo por las diversas temáticas que encuentra. Como si dichos encuentros fueran entonces sobrevenidos y extrínsecos al método, al abandono del límite; límite del que prescindiríamos uniformemente o por igual para lograrlos.

Más bien ocurre otra cosa: que si hay cuatro dimensiones en el abandono del límite mental, de acuerdo con las cuales se accede a cuatro temáticas diferentes, eso sucederá porque el límite se abandona de cuatro maneras distintas, no de una sola y única manera.

Lo cual se entiende así: aunque el límite mental sea la unicidad, limita la intelección de varias maneras; es decir, siendo el límite único y constante, tiene en cambio un múltiple valor de límite; ello justifica la pluralidad de dimensiones de su abandono. Como, por ejemplo, la puerta de una habitación, una sola y única puerta, limita tanto la entrada, como la salida. Y además puede obviarse dicha limitación bien usando la llave que abre la puerta, o bien al margen de puerta y llave, logrando entrar o salir de la habitación por la ventana.

El abandono del límite mental –en suma– tiene que ser plural, como abandono que es de la unicidad. Pero esa pluralidad –añadimos– es ella misma a su vez plural.

Y así tiene, en primer lugar, dos direcciones: hacia la realidad extramental y hacia la realidad personal.

a) *Dirección hacia los principios o hacia la persona*

Ante todo, si el límite mental es la conmensuración de la operación intelectual con su objeto, podrá ubicarse tanto en la operación intelectual (por cuanto está conmensurada con un único objeto), como en el objeto mismo (por cuanto con él se conmensura una única operación). Por consiguiente, cabrá abandonar el límite mental desde el objeto conocido, y hacia lo transobjetivo; o bien abandonarlo desde la operación inmanente ejercida al conocerlo, y entonces hacia lo transinmanente<sup>5</sup>.

Ésta es la primera división en la pluralidad de dimensiones del abandono del límite mental: la que distingue lo transobjetivo, o sea, lo extramental; de lo transinmanente, es decir, de la interioridad e intimidad de la persona. O bien la que distingue las dimensiones dirigidas hacia los principios extramentales (predicamentales como las causas, o trascendentales como los primeros principios), y las dirigidas hacia el hombre: hacia su naturaleza y esencia, o hacia su existencia personal.

De acuerdo con esta primera división entre las dimensiones del abandono del límite mental, y conforme con la temática a que se accede con ellas, se establece ya una jerarquía entre las cuatro dimensiones: la que podríamos llamar jerarquía cronológica, a la que obedece su propia denominación numérica. La primera dimensión advierte la existencia extramental, y la segunda encuentra la esencia que depende de ella. La tercera dimensión alcanza la existencia personal, y la cuarta se demora en la esencia en que ella se manifiesta. Esta secuencia cronológica describe también aproximadamente el orden en el que Polo desarrolló su investigación: tras la detección del límite, su abandono según sus distintas dimensiones en orden numérico.

Las dos primeras dimensiones, dirigidas hacia la realidad extramental, las que decimos metafísicas (ontología y metafísica), y las dos últimas, las dimensiones antropológicas, que se dirigen hacia la realidad personal, a su esencia y a su existencia, son –según esta primera división entre las dimensiones del abandono del límite mental– dos direcciones distintas, que divergen en tanto que el límite es la conmensuración de la operación mental con su objeto, es decir, la reducción a unidad, a unicidad, de una dualidad: la del pensar y lo pensado.

<sup>5</sup> Polo utiliza este enfoque en *Presente y futuro del hombre*, 339-341.

b) *Abandono del límite: contando con él o sin él*

Después de esta primera división, las dos direcciones del abandono del límite mental se subdividen a su vez, cada una de ellas, en otras dos; por cuanto el límite se puede abandonar en ambas direcciones de dos maneras: o bien enteramente, en la primera y tercera dimensiones del abandono; o bien contando con él, sin renunciar completamente a él, o acaso haciéndolo sólo progresivamente, en la segunda y cuarta dimensiones del abandono.

Esta segunda división es una consecuencia, precisamente, de la dualidad entre el método y el tema de los actos cognoscitivos.

Cuando el tema es superior al método, el límite mental, la operación intelectual, es inservible, y hay que renunciar completamente a él; tal es el caso de la existencia creada, la del universo y la de las personas, que es superior a la operación mental humana.

En cambio, cuando el tema no es superior al método, se accede a él contando de algún modo con la operación intelectual, es decir, con el límite mental. Tal es el caso de la esencia, pues tanto la extramental como la humana no son enteramente inferiores o superiores a la operación mental, sino que –de alguna manera– están en su propio rango. Pues la primera, aun siendo inferior, está coordinada con las operaciones racionales de la inteligencia; y la segunda, aun siendo superior, dispone de todas las operaciones intelectuales, a las que engloba y hace suyas.

Por tanto, hemos de atender ahora, y concretar algo más, el doble sentido, temático y metódico, del abandono del límite mental.

c) *Sentido temático del abandono del límite: la pluralidad temática*

En sentido temático, al abandonar la unicidad encontramos pluralidad, sí: pluralidad temática, en lugar de unicidad objetiva.

Si a toda operación mental sólo le corresponde un único objeto, cada dimensión del abandono del límite mental aboca por su parte a una temática plural: la primera dimensión accede a la pluralidad y mutua vigencia de los primeros principios, que son tres; la segunda encuentra la pluralidad de las causas, o sea, los cuatro sentidos causales, y su concausalidad; la cuarta se demora en las dualidades esenciales del hombre, que son muchas y están entrelazadas, y en especial en la dualidad que constituye su ápice (ver-yo, querer-yo); y la tercera alcanza la dualidad metódico-temática del carácter de además del ser personal. Cuya dimensión temática aún se dua-

liza luego en las aperturas interior y hacia dentro de la persona, pues aquélla se continúa finalmente con ésta; por consiguiente, la dimensión temática del carácter de además remite a la dualidad de la persona humana y la réplica: de la que carece (apertura interior) y a la que busca (apertura hacia dentro).

Cierto, luego entonces, desde el punto de vista temático, al abandonar el límite mental encontramos pluralidad temática en lugar de unicidad objetiva.

d) *Sentido metódico del abandono: pluralidad de temáticas*

Además, en sentido metódico, también podemos abandonar la unicidad de una manera plural, pues hay varios actos cognoscitivos distintos de las operaciones de la inteligencia, a saber: los hábitos intelectuales, tanto los operativos, adquiridos por la inteligencia, como especialmente los entitativos, los propios del intelecto personal.

En los hábitos no hay ese estricto ajuste entre la dinámica intelectual y el tema que ella encuentra, pues son actos cognoscitivos inobjetivos, más separados de su temática que las operaciones: pues ésta es algo así como un ámbito, dominio o campo de asuntos y contenidos; que además pueden ser inferiores o superiores a los actos cognoscitivos que los encuentran. Además, la temática de los hábitos se encuentra merced a cierta afinidad que tiene con los actos cognoscitivos correspondientes, pues no emite información sensible que pudiera anteceder al objeto de la operación mental. Dicho globalmente, con las operaciones conocemos la realidad material, y con los hábitos la espiritual. Por todo eso los hábitos permiten la expansión de la libertad, y en ellos se puede abandonar el límite mental.

Esta pluralidad metódica, que es la diversidad de hábitos, justifica el acceso no ya sólo a una pluralidad temática, como hemos señalado frente a la unicidad objetiva de las operaciones, sino también a una que diríamos pluralidad de temáticas heterogéneas: que, en definitiva, son la esencia y existencia extramentales, y la esencia y existencia personales.

De manera que, mediante las dos divisiones mencionadas, es completamente plural, pluridimensional, el abandono de la unicidad.

El abandono del límite mental es una metodología heurística, que va descubriendo y encontrando progresivamente sus diversas temáticas. No es un proceder deductivo, aunque en su segunda dimensión tenga que ver con la razón humana. Pero sí que es congruente con su temática, y ello permite una



cierta visión global de la coherencia entre sus cuatro dimensiones como la que aquí hemos expuesto.

Por tanto, si el límite es la unicidad y su abandono tiene una pluralidad de dimensiones, ello exigirá que el límite mental limite la intelección de varias maneras distintas, es decir, que tenga un cuádruple valor de límite. Siendo único el límite mental, la misma unicidad, en cambio tiene que limitar la actividad intelectual de cuatro maneras distintas, en correlación con las cuatro distintas dimensiones de su abandono. Veamos ahora esta cuestión.

#### 1.4. *El valor de límite de la presencia mental en orden a las distintas dimensiones de su abandono*

En *El acceso al ser*<sup>6</sup>, Polo ha caracterizado el límite, la presencia mental, con los siguientes términos:

- considerado como una dimensión del conocimiento humano, el límite se designa como: independencia, diferencia pura, articulación temporal, lo vasto, especie expresa y constitución supletiva;
- tomado en orden a la detección del límite, se lo nombra como: anterioridad, mismidad, unicidad, exención, constancia y ya;
- y designado para sugerir su abandono recibe los nombres de: sustitución, suposición, algo, dato, haber y consistencia.

Aquí querríamos destacar algunas de esas denominaciones, o proponer otras semejantes, para distinguir el cuádruple valor que tiene el límite en orden a las cuatro dimensiones de su abandono. Lo podemos hacer porque esta enumeración de dieciocho términos propuesta por Polo para describir la presencia mental obedece a su interés en hacernos ver qué es el límite mental; pero aquí tenemos otro interés: el de señalar el valor limitante que cobra en orden a cada una de las cuatro dimensiones de su abandono. Son dos asuntos distintos.

Por otro lado, en *Nietzsche como pensador de dualidades*<sup>7</sup>, Polo expresó su primera averiguación sobre el abandono del límite mental, las dos direcciones de que aquí hemos hablado, con estas dos tesis:

<sup>6</sup> Cfr. L. POLO, *El acceso al ser*, 19.

<sup>7</sup> Cfr. L. POLO, *Nietzsche como pensador de dualidades*, 214-215.

- Primera: “A es A, supone A”, es decir, lo da por conocido (lo que permite las dos primeras dimensiones del abandono del límite, las dirigidas a encontrar los principios, la realidad extramental);
- y segunda: “el yo pensado no piensa”, por lo que la pretensión de entender al yo como pensado –la misma noción de sujeto del pensamiento– comporta la suposición del yo (lo que abre las dimensiones antropológicas del abandono del límite).

La *suposición*, tanto de la realidad extramental como de la personal, es ciertamente una designación propia del límite mental.

En orden a las dos direcciones en el abandono del límite mental que señalan estas dos tesis, nosotros vamos a sugerir ahora el valor limitante que corresponde a la presencia mental con los siguientes términos.

#### a) *Actualidad y exención*

Para las primeras dimensiones del abandono del límite mental, las dirigidas a la realidad extramental, aquí sugerimos concretamente estas dos denominaciones que designan el valor que el límite cobra en orden a ellas: actualidad y exención.

En orden a la primera dimensión del abandono del límite, el valor limitante de la presencia mental es la actualidad: el objeto pensado es actual, está pensado *ya*. En cambio, el acto de ser del universo, la persistencia extramental que se advierte al abandonar el límite en su primera dimensión, es supratemporal: el seguir realmente de antes a después. Como también es incesante e inconsumable la referencia causal del persistir a la identidad de la existencia, que así se descubre como originaria.

Por eso Polo propone a la tradición metafísica distinguir taxativamente el acto como actividad del acto como actualidad<sup>8</sup>. El acto de ser es actividad, y –si es un acto de ser creado– su indicio es el tiempo: la secuencia de antes a después, o la intrínseca referencia del existir a la posterioridad (el ser *es finalidad pura*<sup>9</sup>). Por eso se distingue de la actualidad propia del límite mental, que articula el tiempo en presente: es la presencia mental. La actualidad entonces corresponde al pensar, al límite, y no al ser.

<sup>8</sup> Ricardo Yepes estudió esa diferencia (*entelecheia-energeia*) en Aristóteles: *La doctrina del acto en Aristóteles*, Eunsá, Pamplona, 1993.

<sup>9</sup> L. POLO, *El acceso al ser*, 16.

Las demás dimensiones del abandono del límite mental evitan también la actualidad del pensamiento. Por ejemplo, la segunda dimensión intenta retirar la actualidad de su temática, estableciendo una pugna entre ambas. Y la tercera dimensión igualmente o aún más: porque la libertad trascendental de la persona equivale al futuro, más allá de la actualidad. Pero, con todo, la actualidad es el concreto valor que el límite muestra especialmente en orden a la primera dimensión de su abandono, que por eso mismo es la dimensión inicial de éste: desde el presente, desde la *articulación temporal* propia de la presencia mental, hacia lo supratemporal.

En orden a la segunda dimensión del abandono del límite, pensamos que la presencia mental limita por cuanto exime al objeto conocido de su previa realidad concausal, aquélla con la que la operación racional de la inteligencia pugna, y al hacerlo torna explícita.

De acuerdo con los cuatro sentidos de la causalidad, la *exención* presencial comporta, ciertamente, que lo pensado es inmaterial, como la inteligencia misma; y también inefectivo, desde luego. Pero, por lo mismo, hay que separarlo también de los otros dos sentidos causales. Y distinguir entonces la forma, la información poseída al conocer, respecto de la causa formal, concausal con las demás causas: aquélla está presente a la inteligencia, ésta es previa en el tiempo (como Aristóteles señaló al definirla, en su conocida sentencia, como *lo que era el ser*). Y también hay que distinguir el fin poseído por la operación inmanente respecto de su valor causal, concausal, que es el orden: la ordenación de las causas entre sí, o de las otras causas hacia sí.

En suma, el objeto pensado es ideal, porque está *exento* de su realidad<sup>10</sup> concausal, que diremos efectiva: pues la efectividad aúna, según cierta determinación formal, la diferencia irreductible materia-fin<sup>11</sup>.

### b) *Superficialidad y atonía*

Para las dimensiones antropológicas del abandono del límite, aquí sugerimos estas otras dos denominaciones para designar el valor que el límite mental cobra en orden a ellas: superficialidad y atonía.

<sup>10</sup> *Irreal* dice Millán Puelles en su *Teoría del objeto puro*, Rialp, Madrid, 1990.

<sup>11</sup> Es el punto de vista que Polo emplea en *La cuestión de la esencia extramental*, en *Escritos menores (1951-90)*, en Obras completas, v. IX, Eunsa, Pamplona, 2017, 69-95.

En orden a la cuarta dimensión del abandono del límite, proponemos que la presencia mental limita por ser superficial; en el preciso sentido de que carece de la profundidad y altura del yo: el límite mental es, respecto de ellas, plano.

La altura interior del yo, como esencia de la persona, requiere:

- ascender desde la operación inicial de la inteligencia, que introduce la presencia mental en el tiempo, a las operaciones superiores con las que la inteligencia usa de algún modo de la presencia, e incluso intenta desprenderse de ella;
- las cuales además requieren los hábitos adquiridos, y a su vez permiten suscitarlos; luego después de las operaciones están los hábitos operativos;
- y después exige elevarse desde éstos a la experiencia intelectual;
- sobre todo lo cual se alza aún el ver-yo, el miembro inferior de la sín-déresis, como ápice de la esencia humana.

Desde su altura, el yo explica y engloba el límite mental, y así lo abandona según esta cuarta dimensión; en ella, por curioso que resulte, el límite se abandona demorándose en él, hasta explicarlo y englobarlo.

Polo habla al respecto de una cascada ascendente, que sube desde la potencia ejercida –la operación, el límite– hasta el hábito personal de la sín-déresis; y de otra cascada descendente: que baja desde este hábito hasta la potencia intelectual; ambas cascadas muestran la altura interior del yo como ápice de la esencia humana.

Frente a sendos ascenso y descenso, la operación mental y su objeto están en el extremo inferior. Y por eso Polo afirma que *ver-yo dispone de ver sin yo al suscitar*<sup>12</sup>; y que la presencia mental, la operación intelectual, es suscitada como visividad (así denomina Polo a la inteligencia como potencia pasiva) ejercida. De modo que *la explicación del límite mental estriba en la dualidad ver-yo y visividad*<sup>13</sup>, es decir: la operación mental acontece cuando la sín-déresis, iluminando la fantasía, activa la potencia intelectual.

La profundidad de la esencia de la persona, por su parte, apela al crecimiento de la voluntad, que constituye las acciones humanas como en una corriente mantenida; con la cual el yo esencializa el ser del universo<sup>14</sup> (la persis-

<sup>12</sup> *Antropología trascendental*, 527.

<sup>13</sup> *Antropología trascendental*, 342.

<sup>14</sup> *El alma es la esencialización del acto de ser del universo. Antropología trascendental*, 515.

tencia) y constituye el don con el que completa la estructura donal de la persona: en cuya intimidad ella puede aceptar y dar, pero en la que no puede constituir don alguno.

Por comparación con esa corriente donal del querer-yo, el objeto de la operación mental, es decir, el *dato* conocido, es un *dar paralizado*, dice Polo<sup>15</sup>; luego entonces, en esta dimensión de su abandono, el límite es una detención de la actividad libre<sup>16</sup>, que de suyo es donal y aportante. Como el abandono del límite depende de la libertad, notar aquí la detención de la actividad libre hace que la cuarta dimensión del abandono del límite sea *la manera más directa de abandonarlo*<sup>17</sup>.

La confusión entre esta detención propia del límite mental y la propia cuarta dimensión de su abandono, que justamente es la demora en el límite hasta explicarlo y englobarlo, se evita al notar que ésta es creciente, y aquélla en cambio se opone al crecimiento y frena la actividad.

Finalmente, en orden a la tercera dimensión del abandono del límite, sugerimos que la presencia mental limita por ser algo inerte o exánime, es decir, átono, carente de vida; lo que se aprecia especialmente en que el límite mental comporta la *no aparición del carácter de pensante en lo pensado*. *La incomparecencia de su carácter pensante para un pensante es la ausencia de réplica*. *Esta ausencia se debe al límite*<sup>18</sup>.

## 2. LA EFUSIVIDAD DE LA PERSONA EN SUS HÁBITOS

### 2.1. *Carencia de réplica de la persona y ausencia de la réplica en el pensamiento*

La carencia de réplica, con todo, corresponde a la persona humana como criatura que es; y, por tanto, no parece deberse propiamente al límite mental. A él puede deberse, en todo caso, la ausencia de réplica en el pensamiento, es decir, la incomparecencia –al pensar– del carácter de pensante en lo pensado. Carencia de réplica de la persona o ausencia de la réplica en el pensamiento: no son una misma cuestión.

<sup>15</sup> *Dato* significa *dar paralizado*. *Antropología trascendental*, 527.

<sup>16</sup> *En la cuarta dimensión del abandono del límite mental se detecta que la unicidad es el límite de la libertad*. *Antropología trascendental*, 327.

<sup>17</sup> *Antropología trascendental*, 336, nt. 63.

<sup>18</sup> *Curso de teoría del conocimiento*, III, en *Obras completas*, v. VI, Eunsa, Pamplona, 2016, 331.

Quizá entonces convenga recordar que el mismo Polo se percató de que la expresión *el yo pensado no piensa* incluye dos significados que inicialmente no discernía; pues ha reconocido que, en sus primeras obras, *no distinguía con nitidez persona y yo*, y acuñó –dice– la fórmula “núcleo del saber”<sup>19</sup>. Por una parte, el yo pensante remite al yo existente, a la persona, que carece de réplica en su pensamiento; pero, por otra, remite al pensar, que no es la existencia de la persona sino una acción suya, acción en la que está ausente la réplica. Por eso Polo terminó por señalar que la expresión: *el yo pensado no piensa*, más que a la tercera, *interesa decisivamente a la cuarta dimensión del abandono del límite mental*<sup>20</sup>.

En efecto, el yo pensado no piensa porque *lo estrictamente irrenunciable del yo*, dice Polo, *es pensar –lo que expreso como “ver-yo”–*; y por eso *un yo pensado* (el sujeto del pensamiento) *no es propiamente un yo*<sup>21</sup>: porque *a la idea de sujeto le falta precisamente lo que distingue al sujeto de la idea, a saber: ver*<sup>22</sup>. El ver se atribuye entonces al yo: ver-yo. Pero después está la distinción entre el yo y la persona, entre la esencia del hombre y la existencia personal. Y hay que admitir que la ausencia del carácter de pensante en lo pensado alude también a la tercera dimensión del abandono del límite, por cuanto en último término deriva de, o remite a la carencia de réplica, por la que falta reciprocidad, correspondencia, en lo pensado respecto del ser pensante. La ausencia de la réplica en el objeto conocido (el yo pensado no piensa) se debe al límite, aunque remita finalmente a la carencia de réplica de la persona humana; pero ambos extremos no son equivalentes.

Ya que la carencia de réplica se entiende en el contexto de la carencia de identidad de toda criatura, y no se ciñe solamente al límite mental, es decir, a la operación intelectual. En dicho contexto, todo acto cognoscitivo creado carece de identidad, y se somete a la dualidad entre su método y su tema. La cual se da tanto en la operación mental, el límite, como también en los hábitos operativos, en los entitativos y en el propio intelecto personal, cuyo tema le trasciende por completo.

En cambio, la ausencia de réplica en la operación mental tiene otro significado más preciso, que es la irreductibilidad de la identidad existencial a la

<sup>19</sup> *Antropología trascendental*, 343, nt. 86.

<sup>20</sup> *Antropología trascendental*, 289, nt. 25.

<sup>21</sup> *Nietzsche como pensador de dualidades*, 215.

<sup>22</sup> *Evidencia y realidad en Descartes*, en *Obras completas*, v. I, Eunsa, Pamplona, 2015, 313.

operación intelectual humana<sup>23</sup>: la mismidad de pensar y ser propia de ésta, esto es, el límite mental, es incomparable con la identidad real de pensar y ser, que es originaria, y está dotada de intimidad, de réplica.

De acuerdo con este preciso sentido, la descripción del valor limitante del límite mental como “ausencia del carácter de pensante en lo pensado” se torna la más importante, porque incide directamente sobre el sentido propio de la misma noción de límite mental. De aquí que la actualidad que exige al objeto pensado de su realidad extramental, y la detención superficial e inerte de la actividad libre, sean descripciones del valor limitante de la presencia mental que hayan de reducirse, en busca del sentido último de la limitación mental humana.

## 2.2. *Sentido último del límite mental: el conocimiento humano de Dios*

Sospechamos que éste es impedir a las operaciones intelectuales del hombre el conocimiento adecuado de Dios, de la identidad existencial. Por eso, la incomparecencia del carácter de pensante en lo pensado, la ausencia de réplica que comporta la presencia mental en orden a la tercera dimensión del abandono del límite, es la más significativa de cara a determinar el definitivo sentido de la limitación mental. Y por ende a señalar la supremacía de la tercera dimensión del abandono del límite respecto de las demás; en la tercera dimensión, dice Polo en efecto, el límite se abandona drásticamente: *el carácter de además abandona el límite mental de la manera más estricta*<sup>24</sup>.

Dios es irreductible a las operaciones mentales del hombre, e incomparable con ellas; porque la mismidad de ser y pensar propia de la operación intelectual del hombre, es decir, el límite mental, se distingue completamente de la originaria identidad del ser y el entender propia de Dios; hasta el punto de que la identidad existencial requeriría, no ya el abandono, sino la anulación del límite mental<sup>25</sup>. Quizá por esto, siendo Dios la identidad del ser, se dice que el límite mental es *la diferencia pura con el ser*<sup>26</sup>.

Se nos ocurre una doble razón de esta contraposición entre Dios y el límite mental:

<sup>23</sup> Cfr. al respecto M. GARCÍA VALDECASAS, *Límite e identidad*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1998.

<sup>24</sup> *Antropología trascendental*, 220, nt. 3.

<sup>25</sup> Cfr. *El ser I: la existencia extramental*, en Obras completas, v. III, Eunsa, Pamplona, 2015, 242ss.

<sup>26</sup> *El acceso al ser*, 84.

- Por una parte, los actos cognoscitivos, dice Polo, se caracterizan y distinguen entre sí por la distinta coincidencia y separación respecto de su temática. En el extremo inferior, es decir, en la operación mental, la coincidencia es máxima y la separación mínima, como corresponde a la unicidad entre método y tema. En cambio, en el extremo superior, en el intelecto personal, hay la máxima separación y mínima coincidencia con su tema, que justamente es la réplica que el hombre busca, la identidad existencial del ser divino, y que es completamente trascendente al hombre. Lógicamente, entre Dios y el conocimiento humano no media sino la menor coincidencia y la máxima separación. A las operaciones intelectuales, en todo caso, no les corresponde el conocimiento adecuado de Dios.

Con el pensamiento el hombre puede formular la idea de identidad, o conocer lo que la identidad es formalmente. Pero la identidad real escapa al pensamiento, pues en lo pensado está ausente el carácter de pensante; en ningún acto cognoscitivo, pero especialmente en el pensamiento, hay reflexividad hasta la identidad, es decir, la famosa vuelta sobre sí mismo con una vuelta completa<sup>27</sup>.

De ahí que el pensamiento pueda establecer la verdad de la proposición “Dios existe”<sup>28</sup>; y acceder lógicamente, analógicamente, a un cierto conocimiento de Dios, más negativo que positivo; y hasta lograr un conocimiento simbólico de Dios. Pero a Dios como existente, al *Dios vivo*<sup>29</sup>, el pensamiento no lo alcanza: Dios es irreductible al pensamiento humano, por ser éste limitado. Tal vez por eso Polo afirma que *Dios en el pensamiento es su propio límite*<sup>30</sup>.

Si el hombre puede conocer a Dios, al Dios existente, no será pensándolo. La identidad de la existencia es impensable; y eso es lo indicado por la diferencia entre la idea pensada y el pensarla, la que media entre la operación mental y el objeto en que se limita: aquélla por la que el yo pensado no piensa.

- la segunda razón que se nos ocurre es que el pensamiento es una actividad detenida, que se limita en el objeto pensado. Por eso en él

<sup>27</sup> *Rediens ad essentiam suam reditione completa*: cfr. *Liber de causis*, XV, 124.

<sup>28</sup> Cfr. al respecto F. INCIARTE, *El reto del positivismo lógico*, Rialp, Madrid, 1974, 134ss. Y A. LLANO, *Metafísica y lenguaje*, Euns, Pamplona, 1984, 245ss.

<sup>29</sup> Cfr. *Epistemología, creación y divinidad*, en Obras completas, v. XXVII, Euns, Pamplona, 2015, 53.

<sup>30</sup> *El ser I: la existencia extramental*, 221.



no puede aparecer la identidad existencial, que es plenamente activa. En cambio, los hábitos personales, especialmente los superiores –el intelecto de los primeros principios y la sabiduría sobre el propio ser personal–, no se consuman en un término fijo como lo es el objeto pensado; están en cambio abiertos al futuro, y permiten entonces el mantenimiento de la actividad cognoscente, a saber: *embarcarse* en la advertencia de la identidad originaria, o *embeberse* en el carácter de además<sup>31</sup>, conforme con cuyo sentido temático se vislumbra la réplica.

En estos otros actos cognoscitivos, que no se hacen “lo mismo” que su tema, sino que se separan más de él, aunque también carezcan realmente de identidad, como actos creados que son; en ellos –sin embargo– la identidad real sí puede aparecer: aunque sea incoativamente, como insondable; o bien vislumbrada como inabarcable, como un tema trascendente, motivo de búsqueda. Dios no aparece en el pensamiento, pero sí es objeto de demostración metafísica según el entendimiento de los primeros principios, y también es tema de la sabiduría humana cuando el intelecto personal se busca, y la persona busca la réplica.

Si el abandono del límite mental es el método para conocer la índole creada de las criaturas, es decir, la distinción en ellas de su esencia y su existencia; y como el acto de ser creado es la referencia y dependencia de la criatura respecto de su creador, entonces el límite mental, por guardar definitivamente implícita o no alcanzar esa índole creada, desconoce al creador en cuanto que tal, e impide su conocimiento.

De manera que el sentido último de la limitación mental humana es ratificar ya de entrada, en el comienzo mismo de la actividad intelectual del hombre, es decir, en el ejercicio de sus operaciones mentales, ya desde la introducción de la presencia en el tiempo, la reserva de la identidad originaria de la existencia; que no sólo trasciende al intelecto personal que la busca, sino que escapa por completo al pensamiento del hombre. Y sí: se puede decir entonces que es una pena, consecuencia del pecado original<sup>32</sup>, que el hombre, al conocer los seres creados, no sea conducido directamente por ellos hacia su creador.

<sup>31</sup> Polo usa esos términos en *Antropología trascendental*, 358.

<sup>32</sup> Polo sugiere que *el límite mental es debido al pecado original*. *Epistemología, creación y divinidad*, 253.

### 2.3. *Sentido último del abandono del límite mental: la existencia libre*

El límite mental humano, por tanto, no estriba sólo en la incapacidad de conocer la índole creada del universo a partir de la abstracción; ni consiste tan sólo en la falta de reflexividad de la operación intelectual: que no encuentra su réplica en el objeto. Sino que, en último término, el límite consiste en que Dios no es objeto de las operaciones mentales del hombre. Y el sentido último de su abandono es entonces que Dios, más que un objeto conocido por el pensamiento humano, es el término de una búsqueda libre propia de la persona creada.

Dios no comparece en el pensamiento porque no cabe en el presente, en la presencia mental. Pero de que el hombre no conozca a Dios actualmente, ahora, en el presente, no se sigue que no le conozca nunca, o que el hombre necesite absolutamente la ayuda de la fe religiosa. El dilema que el límite mental presenta al conocimiento humano de Dios no es el de contraponer a la razón la fe religiosa, sino el de contraponer al conocimiento actual de Dios, en presencia, según las operaciones mentales, la libre búsqueda de su encuentro futuro, más allá del límite del pensar, como tema propio del intelecto personal, como su réplica.

Y aquí tenemos, entonces, la indicación de la libertad personal. El futuro desborda el plano del conocimiento humano y apunta a la existencia libre de la persona, porque al hombre no le corresponde conocerlo, hacerse con él y poseerlo ya; sino más bien mantenerlo, y orientarse hacia él para alcanzarse en él. En orden al futuro, el hombre puede libremente buscar la identidad existencial, la réplica; y así establecer su propia referencia a ella.

En tanto que el hombre futuriza su referencia a la identidad, la existencia personal se distingue de la natural. Porque la existencia libre no es la mera persistencia supratemporal, que según la causalidad inconsumable muestra permanentemente su vigencia respecto de la originaria identidad de la existencia; sino que es la posesión del futuro que lo conserva como tal, y en el que la persona espera alcanzarse: en el que se busca, o sea, busca la identidad, la réplica de que carece. Y *alcanzarse en el futuro*, dice Polo<sup>33</sup>, “*es mucho más*” que *persistir*. La existencia personal es, en suma, superior a la del universo; la libertad superior a la causalidad. El descubrimiento de la existencia personal como existencia libre es el fruto más sobresaliente de la metodología poliana.

<sup>33</sup> *El acceso al ser*, 111.

Si el límite mental, como decimos, impide conocer al creador en cuanto que tal, su abandono es posible precisamente por la libre búsqueda de réplica propia del intelecto personal.

#### 2.4. *Explicación del abandono del límite mental*

Más arriba señalamos el orden cronológico entre las dimensiones del abandono del límite, de acuerdo con el cual recibe cada una de ellas su denominación numérica.

Hay otra jerarquía entre las dimensiones del abandono que podríamos denominar jerarquía intrínseca; porque deriva del mismo sentido de la limitación mental, y de la misma índole de lo que es el abandono del límite: una metodología noética dependiente de la libertad.

Y que además se basa en la peculiar estructura dual del ser humano. Antes de nada, por tanto, veamos someramente esta estructura.

Polo entiende al hombre como un ser dual. Pero, para evitar el dualismo, precisa la índole de la estructura dual que corresponde al hombre señalando que hay en él una multiplicidad de dualidades entrelazadas: ordenadas o jerarquizadas entre sí. De tal manera que esa ordenación o jerarquía cumple con estos dos criterios:

- 1) en las dualidades humanas cualquier miembro de ellas es inferior y superior a otro. Si es superior respecto de un término, al tiempo es inferior respecto de otro, y viceversa. Todos los términos cumplen este requisito; todas las dualidades, claro, excepto la primera y la última; porque el hombre linda –es dual– con lo que es inferior a la persona, es decir, con el universo físico, y también con lo que la trasciende, que es Dios;
- 2) por ser los miembros de toda dualidad simultáneamente inferiores y superiores a otro miembro, acontecen en las dualidades humanas procesos de redundancia, refuerzo o repercusión, que consisten en lo siguiente. Un término de una dualidad, por estar enlazado como inferior con otro término superior, redundante o repercute sobre el término inferior con el que también enlaza como superior.

De manera que la jerarquía entre los miembros de las dualidades no comporta desdoro para el miembro inferior: primero, porque siempre será también término superior de otra dualidad; y después, porque en su beneficio redundará la dualidad de su miembro superior con aquel término respecto del que ese mismo miembro sea inferior.

Conforme con esta estructura de las dualidades humanas, y ya en el plano gnoseológico, podemos explicar el abandono del límite mental de acuerdo con lo que dijimos, a saber: que es un ejercicio libre del intelecto personal, en el plano del acto de ser persona<sup>34</sup>.

El lugar donde se ejercita son los hábitos –tanto los operativos como los entitativos– porque éstos son actos cognoscitivos inobjetivos, que abren ámbitos o campos temáticos; y que así permiten el abandono del límite mental: cuando el intelecto personal redunda en dichos hábitos penetrando en tales ámbitos para hacerse de algún modo con su temática y expresarla.

Al intelecto personal corresponde buscar su tema: la réplica de que carece el hombre, como persona creada que es. Pues esta búsqueda del intelecto personal es efusiva, y repercute o redunda sobre sus hábitos y también sobre los de la inteligencia (pero en ambos casos más allá de las operaciones mentales), permitiendo al hombre expresar nocional y lingüísticamente, formular, aunque de una manera abreviada<sup>35</sup>, la temática de dichos hábitos, es decir, la que con ellos encuentra el ser humano.

Los hábitos personales son entitativos, innatos; y en cambio el abandono del límite que los fecunda no; de ahí la abreviatura mencionada. Y de ahí también que el abandono del límite esté vinculado con las noticias afectivas de la experiencia moral<sup>36</sup>, a las que suscita: pues *reparar en noticias no es innato*<sup>37</sup>. Las noticias son el conocimiento de las virtudes: de la prudencia, la justicia y la amistad. Y precisamente informan –notifican, aunque dejándolos como escondidos– sobre los hábitos personales (la sindéresis, el hábito de los primeros principios y la sabiduría); de modo que *las noticias aportan las condiciones para abandonar el límite mental llegando a los hábitos superiores*<sup>38</sup>.

<sup>34</sup> Ignacio Falgueras ve congruente que *Polo sitúe el método del abandono del límite en la esencia del hombre* (“La congruencia y el abandono del límite”, *Studia Poliana*, 8 [2006] 254); pero pensamos que no lo sitúa enteramente ahí. Aunque el abandono del límite esté vinculado a su expresión lingüística, obviamente de orden esencial, brota de la libertad trascendental de la persona, y de su intelecto personal, que están en el plano del acto de ser. Por eso, el propio Ignacio reconoce que en el abandono del límite *la transparencia del intelecto personal redunda en nuestra esencia y la hace partícipe de su luz* (“La congruencia y el abandono del límite”, 259).

<sup>35</sup> Sobre esta abreviatura, resumen o concisión de los hábitos, de índole lingüística, se ha manifestado Polo (entendiéndola como la *ontología del abandono del límite mental*, es decir, como *su estricto alcance cognoscitivo*) al final de su *Antropología trascendental*, 591-592.

<sup>36</sup> *Las noticias son concordes con el método propuesto en antropología. Antropología trascendental*, 508, nt. 274.

<sup>37</sup> *Antropología trascendental*, 511, nt. 280.

<sup>38</sup> *Antropología trascendental*, 508.

### 2.5. *Jerarquía entre las cuatro dimensiones del abandono del límite*

Ésta, que es la explicación global del abandono del límite mental, se plasma efectivamente en las repercusiones y redundancias entre los hábitos que nos permiten jerarquizar las dimensiones del abandono del límite, no ya de una manera cronológica y más bien temática, sino de otra que es intrínseca por ser de carácter estrictamente metódico.

Así, de la búsqueda de Dios, como su tema trascendente, que es propia del intelecto personal, y como una redundancia suya en el hábito de sabiduría, brota ante todo la tercera dimensión del abandono del límite mental. El refuerzo aquí, la redundancia derivada, estriba en la solidaridad metódico-temática del carácter de además de la persona: el intelecto personal se alcanza temáticamente en solidaridad con su propia dimensión metódica; lo que luego permite –ya más allá del método poliano– la posterior continuación de la coexistencia personal en busca de la réplica; de acuerdo con ello, el intelecto personal no sólo se alcanza, sino que luego se busca, busca su réplica. Como se alcanza según la solidaridad de su valor metódico y su valor temático, en virtud de ella, la persona humana sabe que carece de réplica, pero también que esa carencia no es definitiva. Esto es lo que vislumbra el hábito de sabiduría como redundancia de la búsqueda del intelecto personal, y lo que pretende el hombre formular con la tercera dimensión del abandono del límite mental.

A su vez, esta tercera dimensión redundando después sobre la primera, es decir, el hábito de sabiduría repercute sobre el hábito de los primeros principios, especialmente para advertir el enlace causal entre los otros dos primeros principios: la referencia a la identidad de la persistencia extramental. Por eso dice Polo que *el estudio del intelecto ha de atender ante todo a su significación personal. Lo que para el conocimiento del ser principal signifique el intelecto es la estricta redundancia de aquella primaria significación*<sup>39</sup>. Sin esta redundancia, propenderíamos además a maclar los primeros principios, con formulaciones de ellos inadecuadas por objetivas.

Por su parte, la tercera dimensión del abandono del límite mental redundando también sobre la cuarta dimensión, es decir, el hábito de sabiduría sobre la sindéresis: pues el carácter de además de la persona, cuando omite la búsqueda, vuelve al yo, hasta proporcionarse su propio punto de partida. Y en esta vuelta la redundancia estriba en destacar la superioridad de querer-yo so-

<sup>39</sup> *El acceso al ser*, 111.

bre ver-yo<sup>40</sup>; ya que esta superioridad se afirma en orden a la persona. Ella se absuelve un tanto de la inteligencia, porque lo que encuentra con ésta no es lo que el intelecto personal busca. Y, en cambio, no se absuelve de la voluntad, sino que más bien echa mano de ella: para completar su estructura donal, constituyendo el don que en su intimidad no puede constituir.

En la sindéresis, y también para apreciar la superioridad del querer sobre el conocer esencial, influye también el hábito de los primeros principios, como redundancia de la primera dimensión en la cuarta; por cuanto ese hábito comporta generosidad, olvido de sí: en virtud de las cuales prima la alteridad, imprescindible para la intención volitiva; ya que, sin otro, sin otra realidad, no podría darse la intención propia de la voluntad.

Por último, en la segunda dimensión del abandono del límite mental redunda la primera, por cuanto la analítica causal lo es de un primer principio; ésta es la repercusión del hábito de los primeros principios sobre los hábitos adquiridos, la que permite el complemento justo a la generosidad de la persona: la devolución del abstracto a su realidad extramental.

Pero también la cuarta dimensión redunda sobre la segunda; de ahí que Polo haya incluido el estudio de la esencia extramental en un curso de teoría del conocimiento; porque también la sindéresis repercute sobre los hábitos adquiridos al manifestarlos. Esta última redundancia, al hacer posible la pugna entre prioridades, permite formular el conocimiento explícito de la causalidad predicamental; y por eso *en este nivel*, dice Polo, *lo que llamo repercusión equivale a la prosecución operativa*<sup>41</sup> de la inteligencia, con la que explicitamos los principios reales.

De manera que la ordenación intrínseca de las dimensiones del abandono del límite, tomadas como un libre desbordarse del intelecto personal sobre los hábitos para formular los conocimientos que ellos logran, es ésta: el descenso desde la libertad del intelecto personal que busca réplica hasta la tercera, la primera, la cuarta y la segunda dimensiones del abandono del límite mental; que es la repercusión del intelecto personal en los hábitos entitativos y operativos para expresar determinadamente el contenido cognoscitivo de éstos.

---

<sup>40</sup> La superioridad del querer sobre el conocer redunda, a su vez, sobre éste añadiendo a la razón teórica la razón práctica.

<sup>41</sup> *Antropología trascendental*, 196, nt. 9.

BIBLIOGRAFÍA

- FALGUERAS, I., “La congruencia y el abandono del límite”, *Studia Poliana*, 8 (2006) 245-65.
- GARCÍA VALDECASAS, M., *Límite e identidad*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1998.
- INCIARTE, F., *El reto del positivismo lógico*, Rialp, Madrid, 1974.
- LLANO, A., *Metafísica y lenguaje*, Eunsa, Pamplona, 1984.
- MILLÁN PUELLES, A., *Teoría del objeto puro*, Rialp, Madrid, 1990.
- POLO, L., *Antropología trascendental*, en Obras completas, v. XV, Eunsa, Pamplona, 2016.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento, III*, en Obras completas, v. VI, Eunsa, Pamplona, 2016.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, v. IV, 2ª parte, Eunsa, Pamplona, 1996.
- POLO, L., *El acceso al ser*, en Obras completas, v. II, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *El ser I: la existencia extramental*, en Obras completas, v. III, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Epistemología, creación y divinidad*, en Obras completas, v. XXVII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Evidencia y realidad en Descartes*, en Obras completas, v. I, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *La cuestión de la esencia extramental*, en *Escritos menores (1951-90)*, en Obras completas, v. IX, Eunsa, Pamplona, 2017.
- POLO, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, Eunsa, Pamplona, 2005.
- POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, en Obras completas, v. X, Eunsa, Pamplona, 2016.
- YEPES, R., *La doctrina del acto en Aristóteles*, Eunsa, Pamplona, 1993.

